



ca y dar razon de sí al Miramamolín, y defender por derecho y por las leyes su inocencia.

Concluido el pleito por una parte, y por otra aplacados los reyes cristianos, volvió dende á Castilla el año como yo pienso de mil doscientos nueve. Sea lícito en la razon de los tiempos á veces andar á tiento, porque otros dicen que la confederacion de los reyes en Alfaro se hizo dos años ántes deste, á instancia y por grande diligencia de doña Sancha, madre del rey de Aragon, que áun no era difunta á la sazón, segun se dice.

La verdad es que los dos reyes, D. Sancho de Navarra y D. Pedro de Aragon, que tenían entre sí mayores diferencias, se juntaron á vista y habla este mismo año en una llanura, cerca del lugar llamado Mallén. En aquel lugar, á cuatro del mes de Junio, se hicieron las paces, y por muestra de amistad D. Sancho prestó al rey de Aragon veinte mil ducados, con prendas de cuatro lugares que consignó el aragonés para que los tuviese en tercería D. Ximeno de Rada, que sospecho era pariente de D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, que tenía el mismo sobrenombre, ca se llamó D. Rodrigo Ximenez de Rada. Pusieron por condicion, que si al tiempo señalado no se pagase la deuda, él entregase aquellos lugares en poder del rey de Navarra. Don Alonso, rey de Castilla, fué el principal movedor y causa destas paces, que se asentaron entre los reyes por el miedo que de fuera amenazaba, que suele entre ciudadanos y parientes muchas veces quitar grandes diferencias. Procuraba tambien hacer venir socorros de Francia; pero impidió estos intentos y prácticas la guerra que entre ingleses y franceses, más brava que ántes, andaba de nuevo encendida, dado que con deseo de pacificar aquellos reyes entró armado en la Guiena, con intento de emplear sus fuerzas contra la parte y nacion que no quisiese venir en las paces. Su trabajo fué en balde, porque toda la Francia ardía en guerras y discordias, sin mostrarse alguna esperanza de paz; además que los apercebimientos que hacían los moros para la guerra le pusieron en necesidad de dar la vuelta para España.

En el tiempo que las treguas duraron con los moros, á persuasion del arzobispo D. Ro-

drigo se fundó una universidad en Palencia por mandado del rey y á sus expensas, para la enseñanza de la juventud en letras y humanidad, ayuda y ornamento de que sólo hasta entónces España carecía, á causa de las muchas guerras que los tenían ocupados. De Italia y de Francia, con grandes premios y salarios que les prometieron, trajeron catedráticos para enseñar las facultades y ciencias. En las Huelgas otrosí, cerca de la ciudad de Búrgos, se edificó á costa del rey un monasterio muy grande de monjas con nombre de Santa María, para que fuese enterramiento de los reyes, y junto con él un hospital. Doña Constanza, hermana del rey de Aragon, que quedára viuda de Eymerico, rey de Hungría, del cual parió un hijo llamado Ladislao, á persuasion del pontífice Inocencio III casó con D. Fadrique, rey de Sicilia, y este mismo año en una flota la llevaron á su marido. Festejaron los sicilianos asaz estas bodas, si bien fueron desgraciadas por la muerte del conde de la Proenza y de otros grandes que acompañaron la casada hasta Sicilia, que fallecieron en Palermo. El cielo y aire de España y Francia son muy sanos; aquellos lugares de Sicilia no tan saludables, á lo ménos para extraños: esta mudanza les acarrió este daño.

Este era el estado de las cosas en España. Las paces hechas entre los príncipes cristianos despues de tantas discordias, henchían los ánimos de los naturales de esperanza muy grande y alegría; que todos consideraban cuánta ayuda y fuerzas hay en la agradable compañía y alianza entre los príncipes comarcanos, dado que D. Alonso, rey de Leon, en sazón por cierto muy mala, repudió á doña Berenguela su mujer por causa del parentesco y por mandado del pontífice Inocencio, y la enviaron á su padre. Hay una carta del mismo Inocencio sobre esto, á D. Alonso, rey de Castilla, que hacía contradicción al divorcio, grave y llena de amenazas. Por otra del mismo, se entiende puso entredicho en el reino de Leon, porque no se apartaba aquel matrimonio, y tuvo descomulgado aquel rey sobre el caso. Los moros, con su rey Mahomad, el cual los años pasados sucediera en lugar de Aben-Juzeph su hermano, entraron en grande esperanza de apode-



rarse de toda España, que determinaban de seguir hasta el cabo y deshacer el nombre cristiano, y desarraigalle de toda ella. A los fieles no les faltaba ánimo ni brío para defender lo que tenían ganado, ni voluntad de echar los moros de la tierra. Los unos y los otros, con grande resolucion y igual esperanza, se movieron á las armas y entraron en este debate. Los cristianos se aventajaban en esfuerzo y en la prudencia del capitán; los moros sobrepujaban en muchedumbre, y con grande diligencia juntaban en uno para aquella guerra las fuerzas de África y de España.

En el mismo tiempo las armas de Castilla y de Aragon se movieron contra los moros. En el reino de Valencia se apoderó el rey D. Pedro de Aragon de Adamuz y de otros lugares. Hizo donacion de Tortosa á los Templarios en premio de lo que trabajaron y sirvieron en las guerras pasadas: entrególa al maestre de aquella orden, que se llamaba D. Pedro de Montagudo. D. Fernando, hijo de D. Alonso, rey de Castilla, por mandado de su padre acometió las tierras de Andalucía, taló las campañas de Baeza, de Andújar y de Jaen por todas partes: cautivó hombres, hizo robos de ganados en el mismo tiempo que Mahomad, rey de los moros, que llamaron el Verde, del turbante ó bonete que acostumbraba á traer desta color, se apoderó por fuerza del lugar de Salvatierra: los moradores, parte fueron pasados á cuchillo, parte tomados por esclavos. Por el mes de Junio del año de Cristo de mil doscientos diez, sitiaron el lugar, y el mes de Setiembre le tomaron: iba D. Alonso, rey de Castilla, con gente escogida de los suyos á socorrer los cercados, mas llegado que hobo á Talavera, D. Fernando su hijo, que volvía de la empresa del Andalucía, le hizo tornar del camino, dándole á entender el peligro en que se ponía, y que era menester mayor ejército para hacer rostro á los enemigos.

Los intentos del rey que tenía concebidos en favor de la religion cristiana, no poco alteró y entretuvo la muerte del mismo infante don Fernando, que se siguió el año luégo adelante día viénes á catorce del mes de Octubre. Fué tanto mayor el sentimiento de su padre y el

loro de toda la provincia, que daba ya asaz claras muestras de un grande y valeroso príncipe. Su cuerpo llevaron desde Madrid, donde falleció, á las Huelgas: acompañóle el arzobispo D. Rodrigo y su hermana la reina doña Berenguela para honralle más. Esta fué la causa por que la empresa contra los moros se dilató hasta el año siguiente. Solamente se hicieron por entónces córtés del reino en la ciudad de Toledo, para aprestar las cosas que eran necesarias para la guerra. En estas córtés se hicieron pragmáticas contra los demasitados gastos, porque las costumbres se iban estragando con los deleites. Mandóse que en todo el reino se hiciesen procesiones para aplacar á Dios. Á los reyes despacharon embajadores para requerirles no faltasen de acudir con sus gentes al peligro comun. D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, fué á Roma por mandado de su rey para alcanzar indulgencia y cruzada para todos los que conforme á la costumbre de aquellos tiempos, tomada la señal de la cruz, acudiesen á sus expensas á la guerra sagrada. Él mismo con grande cuidado se apercebía de caballos, armas, dineros y vituallas.

Los moros, al contrario, avisados de tan grandes apercebimientos y de la determinacion de los cristianos, fortificaban con muros y baluartes cuanto el tiempo daba lugar, y ponían guarniciones en los lugares de su señorío, que tenían en el reino de Toledo y en el Andalucía y hácia el cabo de San Vicente, por tener entendido que el primer golpe de la guerra descargaría sobre aquellas partes; demas desto llamaban nuevas gentes de socorro desde África. D. Alonso, rey de Castilla, en tanto que se juntaban todas las gentes, con deseo de poner espanto al enemigo, rompió por las tierras de los moros, y á la ribera del Júcar les ganó algunas plazas. Con tanto, dió la vuelta á la ciudad de Cuenca, que cae por aquellas partes; allí se vió con el rey de Aragon y comunicó con él sus haciendas, todo lo que á la guerra tocaba. D. Sancho, rey de Navarra, por sus embajadores que envió, avisó que no faltaría de hallarse en la jornada. El arzobispo D. Rodrigo dejó en su lugar para el gobierno del arzobispado é iglesia de Toledo á D. Adam,





obispo de Palencia; y él en Italia y en Francia, con la esperanza de la indulgencia que alcanzó del pontífice Inocencio III, y mostrando el peligro si no socorrian á España, no cesaba de despertar á los grandes y prelados para la empresa sagrada, asimismo á la gente popular. Decía ser tan grande la soberbia del bárbaro, que á todos los que adoraban la cruz por todo el mundo amenazaba guerra, muerte y destrucción: afrenta del nombre cristiano, intolerable y que no se debía disimular. Hizose gran fruto con esta diligencia. Tan grande era el deseo de pelear contra los enemigos de la religión cristiana, y en tanto grado, que dicen se juntaron de las naciones extranjeras cien mil infantes y diez mil caballos, gran número y que apenas se puede creer; la verdad ¿quién la podrá averiguar? como quier que en otra parte halle que fueron doce mil caballos, cincuenta mil peones los que de fuera vinieron. Á todos éstos, porque con la junta y avenida de tantas naciones no se alterase Toledo donde se hacia la masa, señalaron la huerta del Rey, que es de muy grande frescura, y con ella otros lugares cerca de la ciudad, á la ribera de Tajo, para sus alojamientos. Comenzaron estas gentes á venir á Toledo por el mes de Febrero año de nuestra salvacion de mil doscientos y doce. Levantóse un alboroto de los soldados y pueblo en aquella ciudad contra los judíos. Todos pensaban hacian servicio á Dios en maltratallos. Estaba la ciudad para ensangrentarse, y corrieran gran peligro si no resistieran los nobles á la canalla y amparáran con las armas y autoridad aquella miserable gente. D. Pedro, rey de Aragon, acudió y fué recibido en la ciudad con pública alegría de todos y con procesion la misma fiesta de la Trinidad. Venian con él desde Aragon veinte mil infantes, tres mil y quinientos caballos.

D. Sancho, rey de Portugal, no pudo hallarse en la guerra sagrada, porque falleció en este mismo tiempo en Coimbra; hizose allí el enterramiento en el monasterio de Santa Cruz en un humilde sepulcro, de donde en tiempo del rey D. Manuel le trasladaron á otro más magnífico. Sucedióle D. Alonso, su hijo, segundo deste nombre, que ya tenía dos hijos infantes

en su mujer doña Urraca, llamados D. Sancho y D. Alonso. D. Fernando, tío del nuevo rey, hermano del difunto D. Sancho, el año pasado casó con madama Juana, condesa de Flándes, hija y heredera de Balduino, emperador de Constantinopla. Todavía de Portugal vino un buen golpe de soldados movidos de sí mismos, ó enviados de socorro por su rey. Á toda la muchedumbre de soldados señaló el rey de Castilla sueldo para cada día, á cada uno de los infantes cinco sueldos, á los hombres de á caballo veinte: á los príncipes conforme á cada cual era y á su dignidad se hicieron presentes muy grandes. Tenian apercebidas vituallas en abundancia, y almacén para que no faltase alguna cosa necesaria á tan grande ejército, en tanto grado, que sólo para llevar el bagaje tenían juntados sesenta mil carros, como lo testifica el arzobispo D. Rodrigo, que fué testigo de vista en toda la empresa, y puso por escrito para memoria de los venideros todo lo que en ella pasó: otros dicen que fueron bestias de carga hasta aquel número. Lo uno y lo otro fué cosa de gran maravilla en tan grande apretura de tiempos y pobreza de los tesoros reales; pero no hay cosa tan dificultosa, que con diligencia no se alcance, y las naciones y príncipes extranjeros á porfía enviaban caballos, mulos y dinero.

Partieron de Toledo á veintiuno de Junio. Regia la avanguardia D. Diego de Haro, en que iban las naciones extranjeras. En el segundo escuadrón el rey de Aragon, y por caudillo de la retaguardia el rey de Castilla don Alonso, en que se contaban catorce mil de á caballo. La infantería apenas se podia contar, porque de toda Castilla, los que eran de edad á propósito eran forzados todos á tomar las armas. El tercero día llegaron á Malagon, lugar que tenía guarnición de moros, y está distante de Toledo catorce leguas. Los bárbaros, por miedo de tan grande muchedumbre, fueron forzados á desamparar el lugar y recogerse á la fortaleza que tenían en un cerro agrio; pero por el esfuerzo é ímpetu de las naciones extranjeras, tomado el castillo por fuerza á veintitres días de Junio, todos, sin faltar ninguno, fueron degollados: tan grande era el deseo que



tenían de destruir aquella nación impía. Á primero de Junio, Calatrava, lugar muy fuerte puesto de la otra parte del río Guadiana, se ganó por entrega que dél hicieron los moradores y vecinos, que consideraban el extremo peligro que sus cosas corrian, y que no tenían esperanza alguna de socorro. Los soldados extranjeros, conforme á su condicion, querían pasar á cuchillo los rendidos, y apenas se pudo alcanzar que se amansasen por intercesion de los nuestros, que decían cuán justo era y razonable se guardase la fe y seguridad dada á aquella gente, bien que infiel; y que no era razon con la desesperacion, que suele ser la más fuerte arma de todas, exasperar más y embriavecer los ánimos de todos.

El pueblo se restituyó á los caballeros de Calatrava, á quien los moros le habían tomado: los despojos se dieron á los aragoneses y á los soldados extraños, á los cuales los desacostumbrados calores, cielo mal sano y falta de todas las cosas, segun ellos decían, forzaban, dejada aquella empresa, á volverse á sus tierras. Arnaldo, obispo de Narbona, y Theobaldo Blazon, natural de Potiers, como más aficionado á nuestras cosas, por ser castellano de nacion por parte de su madre, el uno y el otro, con sus compañías particulares, perseveraron en los reales. Acusaban la cobardía de su nacion, detenermados de ponerse á cualquier peligro antes de faltar al deber. La partida de los extraños, puesto que causó miedo y tristeza en los ánimos del resto, fué provechosa por dos razones; la una porque los extranjeros no tuviesen parte en la honra y prez de tan grande victoria, la otra que con aquella ocasion Mahomad, que estaba en Jaen en balanzas, y aún sin voluntad de pelear, se determinó á dar la batalla. Así que los nuestros con sus reales llegaron á Alárcos, el cual lugar, porque pocos años antes fué destruido y desmantelado por los moros, desampararon los moradores que quedaban, y vino á poder de los cristianos.

En este lugar D. Sancho, rey de Navarra, con un buen escuadrón de los suyos, alcanzó á los reyes, y se juntó con los demas. Fué su venida muy alegre; con ella la tristeza que por el suceso pasado de la partida de los ex-

tranjeros recibieran, se trocó en regocijo. Algunos castillos en aquella comarca se entraron por fuerza. En tierra de Salvatierra se hizo reseña; pasaron alarde gran número de á pié y de á caballo. Esto hecho, con todas las gentes llegaron al pié de Sierra-Morena. El moro, avisado de lo que pasaba, marchó para Baeza, determinado de alzadas las vituallas. atajar el paso de aquellos montes, y particularmente guardar el pueblo de la Losa, por donde era forzoso que pasasen los nuestros. Si pasaban adelante, prometíase el moro la victoria; si se detenían, se persuadía por cierto perecerían todos por falta de bastimentos; si volvieran atras, sería grande la mengua, y la pérdida de reputacion forzosa; sus consejos, aunque prudentes, desbarató otro más alto poder. Hizose junta de capitanes para resolver por qué parte pasarían los montes, y lo que debían hacer. Los más eran de parecer volvieran atras; decían que rodeando algo más, por camino más llano se podrían meter en los campos del Andalucía: que debían excusar aquellas estrechuras de que el enemigo estaba apoderado.

Por el contrario, el rey de Castilla D. Alonso tenía por grande inconveniente la vuelta, por ser la fama de tan gran momento en semejantes empresas, que conforme á los principios sería lo demas: con volver los reyes atras no se daría muestra de huir torpemente, con que á los enemigos creceria el ánimo, los suyos se acobardarian, que de suyo parecia estar inclinados á desamparar los reales, como poco antes por la partida de los extranjeros se entendió; contra las dificultades que se representaban, invocasen el auxilio y socorro de Dios, cuyo negocio trataban, que les asistiría sin duda, si ellos no faltaban á sí mismos: muchas veces á los valerosos se hacen fáciles las cosas que á los cobardes parecían imposibles. Esta resolucion se tomó y este consejo. Con esto D. Lope, hijo de D. Diego de Haro, enviado por su padre con buen número de gente, en lo más alto de los montes, se apoderó del lugar de Ferral, é hizo con escaramuzas arredrar algun tanto á los moros. No se atrevió á pasar el puerto de la Losa ni acomet-





terle, por parecerle cosa áspera y temeraria pelear juntamente con la estrechura y fragura del lugar y paso, y con los enemigos que le guardaban.

Toda muchedumbre especial de soldados, se rige por ímpetu, y más por la opinion se mueve que por las mismas cosas y por la verdad, como sucedió en este negocio y trance; que los más de los soldados, perdida la esperanza de salir con la demanda, trataban de desamparar los reales. Parecíales corrían igual peligro, ora los reyes pasasen adelante, ora volviesen atrás; lo uno daría muestra de temeridad, lo otro sería cosa afrentosa. Ponían mala voz en la empresa: cundía el miedo por todo el campo. La ayuda de Dios y de los santos valió para que se sustentasen en pié las cosas casi perdidas de todo punto. Un cierto villano, que tenía grande noticia de aquellos lugares por haber en ellos largo tiempo pastoreado sus ganados (algunos creyeron ser ángel, movidos de que mostrado que hobo el camino, no se vió más), prometió á los reyes que si dél se fiasen, por senderos que él sabía, todo el ejército y gente llegarían sin peligro á encumbrar lo más alto de los montes. Dar crédito en cosa tan grande á un hombre que no conocían, no era seguro, ni de personas prudentes no hacer de todo punto caso en aquella apretura de lo que ofrecía. Pareció que D. Diego de Haro y Garcí Romero, como adalides, viesan por los ojos lo que decía aquel pastor. Era el camino al revés de lo que pretendían, y parecía iban á otra parte diferente, tanto que los moros, considerada la vuelta que los nuestros hacían, pensaron que por falta de virtualias huían y se retiraban á lo más adentro de la provincia. Conveniales subir por la ladera del monte: pasar valles en muchos lugares, peñascos empinados que embarazaban el camino. Pero no rehusaban algun trabajo con la esperanza cierta que tenían de la victoria, si llegasen á la cumbre de los montes y á lo más alto; el mayor cuidado que tenían era de apretarse, por recelo que los enemigos no se apoderasen ántes del camino y les atajasen la subida.

Pasadas, pues, aquellas fraguras, los reyes

en un llano que hallaron, fortificaron sus reales. Apercibióse el enemigo á la pelea, y ordenó sus haces repartidas en cuatro escuadrones: quedóse el rey mismo en el collado más alto, rodeado de la gente de su guarda. Los fieles, por estar cansados con el trabajo de tan largo y mal camino, así hombres como jumentos, determinaron de esquivar la pelea: lo mismo el día siguiente, con tan grande alegría de los moros, que entendían era por miedo, que el Miramamolín con embajadores que envió y despachó á todas partes, y muy arrogantes palabras, prometía que dentro de tres pondría en su poder los tres reyes que tenía cercados como con redes. La fama iba en aumento como suele: cada uno añadía algo á lo que oía, para que la cosa fuese más agradable. El día tercero, que fué lunes, á diez y seis del mes de Julio, los nuestros, resueltos de presentar la batalla, al amanecer, confesados y comulgados ordenaron sus batallas en guisa de pelear. En la vanguardia iba por capitán D. Diego de Haro. Del escuadrón de enmedio tenía cuidado don Gonzalo Nuñez, y con él otros caballeros templarios y de las demás órdenes y milicias sagradas. En la retaguardia quedaban el rey don Alonso y el arzobispo D. Rodrigo y otros prelados. Los reyes de Aragón y de Navarra con sus gentes fortificaban los lados, el navarro á la derecha, á la izquierda el aragones.

El moro, al contrario, con el mismo orden de ántes puso sus gentes en ordenanza. La parte de los reales en que armaron la tienda real, cerraron con cadenas de hierro, y por guarda los más fuertes moros y más esclarecidos en linaje y en hazañas; los demás eran en tan gran número que parecía cubrían los valles y los collados. Exhortaron los unos y los otros, y animaban los suyos á la pelea. Los obispos andaban de compañía en compañía, con la esperanza de ganar la indulgencia animaban á los nuestros. El rey D. Alonso, desde un lugar alto, para que le pudiesen oír, dijo en sustancia estas razones: «Los moros, saiteadores y rebeldes al emperador Cristo, antiguamente ocuparon á España sin ningún derecho; ahora, á manera de ladrones, la maltratan. Muchas veces gran número dellos fueron venci-



»dos de pocos, gran parte de su señorío les »hemos quitado, y apenas les queda donde poner el pié en España. Si en esta batalla fueren vencidos, lo que promete el ayuda de »Dios, y se puede pronosticar por la alegría y »buen talante que todos teneis, habrémos acabado con esta gente malvada. Nosotros peleamos por la razón y por la justicia: ellos por »ninguna república, porque no están entre sí »atados con algunas leyes. No hay á do se recojan los vencidos, ni queda alguna esperanza salvo en los brazos. Comenzad, pues, la »pelea con grande ánimo. Confiados en Dios »tomastes las armas, confiados en el mismo »arremeted á los enemigos y cerrad.»

El moro, al contrario, avisó á los suyos, y les dijo: «Que aquel día debían pelear con extremo esfuerzo, que sería el fin de la guerra, »quier venciesen, quier fuesen vencidos. Si venciesen, toda España sería el premio de la victoria, por tener juntadas los enemigos para »aquella batalla con suma diligencia todas las »fuerzas della; si fuesen vencidos, el imperio de »los moros quedaba acabado en España: no era »justo que en aquel peligro perdonasen á sí ó »á sus cosas. Su ejército constaba de una nación; el de los cristianos de una avenida de »muchas gentes, diferentes en leyes, lengua »y costumbres; la mayor parte había desamparado las banderas, los demás no peleaban »constantemente por ser de unos el peligro, el »provecho y premio particular de otros.» Dichas estas razones, por una y otra parte se comenzó la pelea con grande ánimo y coraje. La victoria por largo espacio estuvo dudosa de ambas partes: peleaban todos conforme al peligro con grande esfuerzo. La vista de los capitanes y su presencia no sufría que la cobardía ni el valor se ocultasen, y encendía á todos á pelear. Los del escuadrón de enmedio y cuerpo de la batalla fueron los primeros á acometer; siguiéronles los navarros y aragoneses sin mejorarse al principio, dado que por tres veces dieron carga á los contrarios; ántes al contrario, nuestros escuadrones, algun poco desalojados, parece ciaban y se querían poner en huida.

En esto, el rey D. Alonso, movido juntamente del peligro y de la afrenta, se quería

meter por lo más espeso de los enemigos, si no le detuviera el arzobispo D. Rodrigo, que tenía á su lado: advirtióle que en su vida consistía la suma de la victoria y esperanza de los cristianos; que perseverase (como comenzara) á confiar del favor de Dios, y no se metiese en el peligro. Con esto, el postrer escuadrón se adelantó, y con su esfuerzo y el de los demás se mejoró la pelea. Los que parecía titubeaban, por no quedar afrentados, vueltos á la ordenanza, tornaron á la batalla con mayor ferocidad. Los moros, cansados con el continuo trabajo de todo el día, no pudieron sufrir la carga de los que estaban de respeto los postreros y de nuevo entraban en la pelea. Fué muy grande la huida; la matanza no menor que tan grande victoria pedía. Perecieron en aquella batalla doscientos mil moros, y entre ellos la mitad fueron hombres de á caballo: otros quitan la mitad deste número. La mayor maravilla, que de los fieles no perecieron más de veinticinco, como lo testifica el arzobispo D. Rodrigo; otros afirman que fueron ciento quince; pequeño número el uno y el otro para tan ilustre victoria. Otra maravilla, que con quedar muerta tan grande muchedumbre de moros, que no se acordaban de mayor, en todo el campo no se vió rastro de sangre, según que lo atestigua el mismo don Rodrigo.

El rey moro, por amonestación de Zeit, su hermano, se salvó en un mulo con que huyó hasta Baeza: desde allí, mudada la cabalgadura, no paró hasta llegar aquella misma noche á Jaén. Á puesta del sol fueron tomados los reales de los enemigos, que robaron los aragoneses, porque los demás siguieron y ejecutaron el alcance. Las presas del rey moro y sus alhajas, que solas quedaron enteras, fueron por don Diego de Haro dadas por iguales partes á los reyes de Navarra y de Aragón. En particular la tienda de seda roja y carmesí, en que alojaba el rey bárbaro, se dió al rey de Aragón por orden de D. Alonso, rey de Castilla; el cual, como quier que deseoso solamente de honra, se quedase con la mayor loa de la guerra y con el prez de la victoria, de buena gana dejó lo demás á sus compañeros. Lo restante de la presa y despojos no pareció sacarlo en público y re-